



DON LUIS DE GUEVARA.

LA PIEL DE ZAPA.

TERCERA PARTE.

Se apeó el viejo Jonatás lentamente. Sus movimientos y sus ademanes eran pesadísimo. Ayudó á bajar á Rafael y le sostuvo con sus débiles brazos, consagrándole una solicitud tan minuciosa como la que un amante prodiga á su señora. Entonces los cuatro espectadores de aquella singular escena experimentaron una emoción profunda, al ver á Rafael aceptar el brazo de su fiel criado para trasladarse al sitio del combate. Pálido y endeble caminaba como un gotoso con la cabeza caída sobre el pecho y sin pronunciar palabra. Eran dos ancianos igualmente destruidos el uno por los años, el otro por su cerebro; el primero llevaba escrita la edad en sus cabellos blancos; el segundo ya no la tenía.

—Caballero, no he dormido, dijo Rafael á su adversario. Esta palabra glacial y la mirada terrible con que fue acompañada, hicieron que se estremeciese el verdadero provocador de aquel lance. Se convenció de su error y tuvo secreta vergüenza de su conducta. Advertía en la actitud, en el acento y en el ademán de Rafael cierta extrañeza inexplicable.

Hizo el marqués una breve pausa é imitaron todos su silencio. La inquietud y la atención llegaron á su colmo.

—Todavía es tiempo, añadió Rafael, de que me deis una ligera satisfacción; dádmela, caballero, ó sino es segura vuestra muerte. Contais sin duda con vuestra habilidad para sostener este combate, ó presumís que está de vuestra parte la ventaja. Yo soy generoso, os advierto de mi superioridad. Poseo un terrible poder para anonadar vuestra destreza, para anublar la luz de vuestros ojos, para que tiemblen vuestras manos y palpité violentamente vuestro corazón: y hasta para daros muerte, me basta desearlo. Y no quiero verme obligado á ejercer dos veces mi poder, hartó caro me cuesta usarlo una. Si rehusáis, pues, darme una satisfacción cumplida vuestra bala irá á parar al lago, á pesar de vuestra costumbre al asesinato, y la mía irá derecha á vuestro corazón sin que yo apunte siquiera.

Al llegar aquí le interrumpieron á Rafael confusas voces. Al pronunciar dichas palabras lanzó constantemente á su adversario la insoportable claridad de su fija mirada: en seguida irguió su cabeza, mostrando un rostro impassible, implacable, semejante al de un loco friamente malvado.

—¡Hacedle que calle! dijo el jóven á su padrino; su voz me roe las entrañas.

—Basta, caballero; vuestros discursos son estériles, le dijeron á Rafael el cirujano y los padrinos.

—Señores, estoy cumpliendo un deber honroso. ¿Tiene que hacer este jóven disposición testamentaria?....

—Basta, basta.

Entonces el marqués permaneció en pie, inmóvil, sin perder un instante la vista á su adversario, y este, dominado por un poder casi mágico, estaba como un pájaro delante de una serpiente, forzado á sufrir su mirada homicida: procuraba eludirla y se estrellaba de continuo en ella.

—Tengo sed, dadme agua, dijo á su padrino.

—¿Tienes miedo?

—Sí respondió; los ojos de ese hombre son devoradores y me fascinan.

—¿Quieres darle una satisfacción?

—Ya no es tiempo.

Fueron colocados los dos adversarios uno en frente de otro á diez pasos de distancia. Cada uno de ellos tenía un par de pistolas y debían disparar dos tiros cuando quisieran después de hecha la señal por los padrinos. Tal era el programa de esta ceremonia.

—¿Qué haces, Carlos? gritó el jóven que servía de testigo al adversario de Rafael; trabucas la bala con la pólvora.

—¡Soy muerto! murmuró entre dientes; me habeis colocado de cara al sol.

—Le tenéis á vuestra espalda, dijo Rafael con voz grave y solemne. Y el marqués cargaba su pistola lentamente, no cuidándose de la señal ya dada ni de la detención con que le apuntaba su adversario. Había en aquella seguridad naturalísima no sé que idea terrible que se apoderó hasta de los dos postillones, atraídos allí por una curiosidad bien cruel sin duda. Jugando con su poder ó queriendo ponerlo á prueba Rafael hablaba á Jonatás y le miraba en el momento mismo en que aguantaba el fuego de su enemigo.

La bala de Carlos fue á romper las ramas del sauce con que antes había jugado y se hundió en el agua, mientras que le entró en el corazón la que disparó Rafael al acaso.

No parando su atención en el jóven, que había caído muerto sin lanzar un solo grito, echó Rafael mano á su Piel de Zapa para ver lo que le costaba la vida de ese hombre, y hallándola apenas del tamaño de una hoja de álamo, brotó de su pecho un horrible quejido.

Y bien ¿que haceis aquí, postillones? ¡Marchemos! dijo el marqués.

Aquella misma tarde llegó á Francia, tomó el camino de Auvernia y se dirigió á los baños del monte de Oro.

Durante este viaje surgió del corazón de Rafael una de esas ideas repentinas que caen en nuestra alma como un rayo de sol á través de espesas nubes, sobre un oscuro valle. ¡Tristes fulgores! ¡Implacables ideas! Iluminan los sucesos consumados, ponen de manifiesto nuestras faltas y nos dejan sin perdón ante nosotros mismos.

Pensó Rafael que la posesion del poder, por lato que sea, no da la ciencia de servirse de él oportunamente. El cetro es un juguete para un niño, para Richelieu un hacha, y para Napoleon una palanca con que trastornar el mundo. El poder no deja tales como somos, y no engrandece sino á los grandes.

Rafael pudo hacerlo todo y no había hecho nada.

Continuará.

En la noche del sábado se presentó, tras larga ausencia de la corte, en el teatro de la Cruz la distinguida cantatriz que tantos aplausos ha conquistado en su larga carrera artística. La señora Albini fue saludada, apenas salió á las tablas, con el natural entusiasmo que escitaban los recuerdos de su sobresaliente mérito.—En la noche del domingo se estrenó en el teatro del Circo la comedia del señor Rubí titulada: *Al César lo que es del César*: como era de esperar logró buen éxito: concluida la representación fue su autor llamado á las tablas y en extremo aplaudido. En uno de nuestros próximos números hablaremos detenidamente de la salida de la señora Albini y de la comedia del señor Rubí

En la noche del sábado 8 se han representado en el teatro del Instituto Español por los socios que componen el segundo círculo tres piececitas, cada una en un acto titulada: *La Prisionera*, *La Sociedad de los trece* y *Casualidades*. Entre la segunda y tercera pieza se ejecutaron unas variaciones de cornetín á pistones sobre un tema de la ópera *Lucrecia Borgia* por un individuo de la orquesta. Gustó sobre manera la pieza de la prisionera, en la que la señorita que desempeñó el papel de Gabriela ejecutó su parte con mucha verdad, arrancando de los espectadores profundas emociones de sentimiento. No menor fué el gusto con que se le oyó cantar la cancioncita que tiene la misma comedia acompañándose al piano: lo mismo de la cancion y la dulzura de la voz de la dama hizo que el público aplaudiese estrepitosamente. También agradaron los señores que realizaron los papeles de Ricardo y Enrique en la misma comedia.

Gracioso y con especial desembarazo desempeñó la parte de Isela en la comedia *La sociedad de los trece* la misma señorita que ejecutó el papel de Gabriela en la *Prisionera*: los demas socios se esmeraron en el cumplimiento de sus respectivos cargos. El individuo de la orquesta que tocó las variaciones de cornetín hizo conocer su mucha maestría en el instrumento de su uso. Por último en *Casualidades* hubo papeles bastante bien desempeñados. La decoración que se presentó en la *Sociedad de los trece* y que manifiesta el interior de una posada, es de un efecto particular y no gustó por su buena perspectiva. La concurrencia fué numerosísima, admirándonos el orden y fina delicadeza que reina en estas reuniones semanales: quisieramos empero que los señores convidados no se levantasen de sus asientos, bien para marcharse de hecho ó ya para cualquiera otra cosa hasta tanto que bajase el telon de embocadura.

VARIEDADES.

TOROS.

En la tarde del domingo próximo pasado se verificó la octava media corrida de la temporada. Se lidiaron seis toros de la antigua y acreditada ganadería de Muñoz (Ciudad Real.) Hacia dos semanas que los aficionados tenían noticia de esta novedad, y confiaban en que una *casta* tan buena había de dejarles airosos en las esperanzas que habían concebido. Así fue en verdad, y nosotros no podemos menos de empezar diciendo, que á la octava fue la vencida. La corrida del domingo ha sido la de la temporada. Toros iguales por su edad, por su fuerza, por su viveza, por su corage, por su sencillez; eran de una *pele* excelente, de una piel fina y brillante, de piernas secas y nerviosas, de pezuña corta y redonda, de cuernos fuertes y pequeños, de hermosa cola, de hermosos ojos, y en una palabra, reunían todas aquellas cualidades que caracterizan á un toro de *buen trapío*, y era preciso que hubieran fallado todas las reglas taurómicas para que semejantes *vichos* careciesen de aquel rigor, de aquella fuerza, de aquel corage que es tan indispensable para la lidia. Desde el primer instante que vimos el ganado, apreciamos todas estas circunstancias; y si algun sentimiento nos asaltó en aquel instante, fué únicamente el de temer no fueran lidiados en regla. Este temor, que no sin fundamento habíamos concebido, creció en nosotros de punto al tener noticia de hallarse en el camino de Zaragoza, Jordan el Salamanquino y los dos Pandos; y al anunciarse por carteles, momentos antes de empezar la funcion, que el espada Juan Martin dejaba de matar los dos toros que le correspondian, por indisposicion repentina. Desgraciadamente nos constaba que era cierta, y no como algunos suponian, un pretexto por haber tomado cierto *casco* ó *canguelo* á los *menus* vichos de Muñoz.

A las cinco en punto de la tarde el señor presidente dió la señal que anunciaba el despejo de la plaza, y á pocos instantes se hallaba en ella el toro *Madrideno*, *re-tinto claro*, *buen mozo*, de cuatro años, con divisa verde y una magnífica *diadema cornamental*. Tan luego como se presentó en la arena dió á conocer ser hijo de tales padres, y recordó aquella antigua casta de toros que fue un dia el asombro de las plazas de España. Trigo y Hormigo eran los dos picadores destinados á la corrida. El primero le puso cuatro buenas varas, y el segundo tres; mató un caballo y cedió al castigo. Capa y otro *comparsa de banderilleros* le metieron tres pares de banderillas. El Moreno le mató despues de dos *pases*, en uno de los cuales y al dar el *remate* le hizo tres pedazos el *engaño* de una bastante baja. Este toro no fue degollado como algunos creyeron, pues aunque la estocada fue *por lo bajo*, no por eso dejó de estar bien puesta.

Larguito se llamaba el segundo y era en todo hermano del anterior. Bien armado, de hermosa piel y de muchas piernas. El señor Trigo se conoció desde luego que le animaba el deseo de cumplir en la corrida y cumplió como nunca. En esa tarde recordamos los buenos tiempos que Minguez y Sevilla se llevaban los aplausos de la plaza. Pusole cuatro varas sin dejarle llegar al *bulto*, y aunque el vicho recargaba, porque era lo que se llama un toro *pegajoso*, no consiguió desarmarlo en todos los *derrotes* ni pudo hacer que su buen brazo, aun estando en tierra, cediera al empuje que el toro hacia acosado por la puya. El señor Trigo es todo un hombre. En mojándose los dedos de saliva se va al toro con una intrepidez que asombra á cuantos lo ven. El señor Trigo es el picador de la plaza de Madrid: es torero de buen trapío, tiene mas alma y mas poder que el vicho que está á su frente. Su mano izquierda es excelente, domina el caballo á su antojo, tiene mucha fuerza en las rodillas, y á la cualidad de ser un ginete consumado reúne el garbo que tan bien sienta á la gente de su oficio y cae perfectamente á caballo. El señor Hormigo vaseando todo lo contrario. Siempre busca á la fiera por el *terreno mas largo*; es torero de achaques, y ya por el estribo, ya por la cincha, ya porque al caballo se le corre el pañuelo, ya por fin por entrar y salir en la cuadra, nunca hace nada sino á fuerza de *abucharle* el público. Es el hombre que mas gasto hace de alguna. Por medida de buen gobierno y para mayor alivio de aquel, aconsejaríamos al señor presidente que le mandara *tomar ancas*. Puso cuatro varas á este toro, que mató un caballo. Otros dos *comparsas* le pusieron banderillas, aunque hablando en plural haya inexactitud, que fue uno solo el que puso dos pares, y el otro ni aun lo probó. Esto no quita para que confesemos que este jóven sabe y co-

ger las banderillas, y correr lo muy bastante para hacer cualquiera otro mandado que no sea meter rehiletes.

A la hora de morir, se presentó el intrépido Labi, que despues de terminar el *oferterio* y tirar la montera con todo el garbo de un jembro de su casta, se fué al toro entre los aplausos del tendido decimoquinto. A fuerza de trabajo, y con bastante conocimiento, logró abrir al toro que estaba muy cerrado, y era preciso desviarlo un tanto de las tablas para *hacer suerte* con él. Luego que lo consiguió le puso una muy buena *por todo lo alto*, otra corta tan buena como la anterior, y un magnifico volapié por los altos que lo despachó. El público, mostró sus simpatias de una manera bien significativa, y á nuestro modo de ver con justicia. Labi tiene la primera cualidad de un buen torero: es valiente hasta la temeridad, y si quiere tener todo el partido que puede ambicionar un torero en la plaza de Madrid le aconsejamos que haga siempre lo que esa tarde hizo: que no ostente su valor sino en el momento oportuno de verificar la suerte, que tenga la verdadera sangre fria para poner las *estocadas* en regla, y llegará á ser dentro de poco tiempo todo lo que se llama un buen diestro, porque su serenidad y su valor no se presentan en la plaza sino estando en ella el señor Paquiro.

Clarillo era el tercero, y aunque se presentó en la arena algo receloso, cerniendo ante las varas hasta el punto de pedirle perros, luego que sintió el hierro se creció de una manera tan prodigiosa que, buenos fueron todos, pero fue el toro de la corrida. Era de mucha cabeza y poder, y estremadamente seco para los caballos. Trigo se lució con este toro en las seis varas que le puso, en una de las cuales, y hallándose en mucho riesgo, le arrancó la divisa. De Hormigo tomó otras seis y mató cinco caballos. *Picha* le puso tres pares de banderillas y otro *nuevo muy nuevo*, metió dos rehiletes á media vuelta y saliendo por pies. Gaspar Diaz, á quien tocaba de descanso, salió á matar este toro, en lugar de Juan Martin, á quien correspondia, y cumplió perfectamente con su obligacion. Era el vicho de muchísimo *sentido*, muy superior en pies al mejor diestro; tomó *querencia*, sacósele de ella con alguna dificultad y puesto en suerte. Como siempre buscaba el bulto, Diaz estuvo en peligro de ser cogido al trastearle; y á pesar de que no le dejaba *enmendar*, pudo lograr una vez *encunarse* con el vicho y meterle una muy buena, recibiendo y *por todo lo alto*, hasta la guarnicion, de la que lo despachó. El brazo de este diestro es verdaderamente prodigioso, y solo comparable la estocada que á este toro dió, con las de aquel célebre Joaquín Costillares, de feliz memoria.

Llamábase el cuarto toro *Trepado* y era igual á sus hermanos, aunque menos pegajoso. Tomó cinco varas, le pusieron tres pares de banderillas y lo despachó el Moreno de un magnifico volapié, por ser vicho de mucho *sentido*, haber *tomado tablas* y no dar bastante juego para recibirlo.

Igual á los demas era el quinto tenia por nombre *Limon*. Tomó siete varas del infatigable Trigo, puestas la mayor parte de ellas en los *medios* de la plaza, y tres de Hormigo que también se picó, aunque con mucha *precaucion*: mató dos caballos; le metieron tres pares de banderillas de la que se le cayeron tres y lo mató Labi despues de trastearlo *al natural y de pecho*, de dos cortas muy buenas y de un *sobrebio* volapié que se le aplaudió muchísimo.

El sexto y último se llamaba *Tendero* y era también con corta diferencia igual á sus hermanos. Aunque algo receloso en un principio se creció *al palo*. Tomó ocho varas: mató dos caballos: le metieron cuatro pares de banderillas y lo mató Gaspar Diaz de dos buenas por todo lo alto de la cruz. A la primera casi quedó muerto el vicho, mas la gente que bajó de los tendidos le hizo avispar, y por eso tuvo necesidad de secundarle.

La corrida fue completa y dudamos que se vuelva á ver otra igual. Los lidiadores cumplieron; en lo general en cuanto estuvo de su parte; los caballos han mejorado considerablemente. Damos por ello el parabien á la empresa, y con especialidad á don Isidro Manzanedo, quien parece ser el encargado de abastecer la plaza de este importante ramo. Estamos convencidos de que los deseos de la empresa son los mejores en favor del público, pero no nos cansaremos nunca de repetir que para llenar cumplidamente los del público; es indispensable que se presenten en la plaza tres picadores. Concluimos llamando la atencion de la autoridad que preside, sobre el escandaloso abuso que se comete por muchos bajando á la plaza antes de estar enganchado el último toro, en peligro, no solo de los lidiadores sino de los mismos que bajan, y en desdoro de la autoridad que con tantos medios cuenta para reprimirlo.

El domingo por la mañana tuvimos el gusto de admirar detenidamente los muchos y hermosos tapices que habia colgados en la galeria principal del real palacio. Entre ellos observamos algunos de una belleza y mérito artístico singular: habia varios que representaban escenas de nuestra historia durante los reinados del emperador Carlos V y Felipe II, tapices que conservarán entre sus hilos las glorias españolas de una época grande. Creemos que estarán espuestos al público toda la octava hasta el domingo próximo en que por la tarde parece habrá procesion general.

TEATROS.

De la Cruz.

Hoy no hay funcion.

Del Príncipe.

A las ocho y media de la noche: La comedia nueva, en tres actos y en verso, titulada: VENGANZAS DE UN PECHO NOBLE. Intermedio de baile nacional. Se dará fin á la funcion con la comedia en un acto, titulada: LAS CITAS.

Del Circo.

A las ocho y media de la noche: la comedia nueva original en cuatro actos, titulada: AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR, baile nacional á cuatro. EL PADRINO POR FUERZA, comedia en un acto.

De Variedades.

Funcion extraordinaria, á las ocho y media de la tarde, á beneficio del primer actor don Juan de Alva. Se ejecutará la comedia nueva, en tres actos y en verso, titulada: UN DON JUAN DE CALDERON. Intermedio de baile; finalizando con la comedia en un acto, titulada: EL QUID PROCUO.